

por Ramón Díaz

Hace algún tiempo sostuve que Marx, vuelto a mi modo de ver, totalmente obsoleto por el giro de los acontecimientos mundiales, sería sustituido por Rousseau como filósofo central del socialismo y de las izquierdas en general. Ha llegado el momento de intentar una fundamentación de ese pronóstico.

Comencemos por lo que ambos pensadores tienen en común. El primer punto, y el punto esencial, es el optimismo antropológico. La sentencia de Rousseau en este aspecto es bien conocida: "... la naturaleza ha hecho al hombre feliz y bueno, pero... la sociedad le deprava y le vuelve desgraciado." (*Diálogos*, II). Este principio se ve reflejado en la visión idílica de las comunidades primitivas que nos transmite el marxismo. Así, por ejemplo: "¡Admirable constitución esta de la **gens**, con toda su ingenua sencillez! Sin soldados, gendarmes ni policía, sin nobleza, sin reyes, gobernadores, prefectos ni jueces, sin cárceles ni procesos, todo marcha con regularidad. Todas las querellas y todos los conflictos los zanja la colectividad a quien conciernen, la **gens** o la tribu, o las diversas **gentes** entre sí... No puede haber pobres ni

En la era posmarxista

necesitados: la familia comunista y la **gens** conocen sus obligaciones para con los ancianos, los enfermos y los inválidos de guerra. Todos son iguales y libres, incluso las mujeres. No hay aún esclavos..." (Engels, *El origen de la familia*...). Pero ni es este el hombre que la experiencia nos pone por delante, ni es esta comunidad como ninguna que conozcamos. Tanto Rousseau como Marx están necesitados de una teoría sobre el mal, y ambos la edifican sobre la institución de la propiedad privada. Rousseau: "El primero que, habiendo cercado un predio, dio en afirmar: **Esto me pertenece**, y encontró gente tan simple como para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores le habría ahorrado al género humano quien, arrancando los molinos o llenando el foso, hubiera clamado a sus semejantes: '¡Cuidaos de escuchar a este impostor! Estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen a todos, y la tierra no

pertenece a nadie." (*De l'inégalité*...). Por su parte, Engels: "Los intereses más viles —la baja codicia, la brutal avidez por los gozos, la sordida avaricia, el robo egoísta de la propiedad común— inauguran la nueva sociedad civilizada, la sociedad de clases: los medios más vergonzosos —el robo, la violencia, la perfidia, la traición— minan la antigua sociedad de las **gentes**, sociedad sin clases, y la conducen a su perdición..." (*El origen de la familia*..., énfasis agregado).

Por tanto, en común: en primer término, la creencia en la bondad primigenia del hombre y de sus comunidades antes del surgimiento de la propiedad privada; en segundo lugar, una teoría del origen del mal en el hombre y la sociedad, identificado con aquella institución. Por tanto, en tercer término, siendo externo al hombre el origen del mal, este es superable por medios políticos. Más concretamente, por medios revolucionarios. Hasta este punto ambos pensadores llegan juntos, o, tal vez más precisa-

mente, Marx de la mano de Rousseau. Pero en esta encrucijada uno y otro toman por distintos caminos.

Rousseau toma por el camino político. Al fundar la sociedad sobre la propiedad privada, la humanidad ha tenido una partida en falso. Los frutos amargos adscribibles a esa infausta semilla se llaman desigualdad, injusticia, oscurantismo y tiranía. Pero la humanidad puede retomar las riendas de sus destinos mediante el desplazamiento del poder, de manos de los privilegiados, a las de la comunidad en conjunto. Esta es colectivamente titular de la capacidad de adoptar decisiones para el conjunto con infalible percepción del bien común, que Rousseau denomina **voluntad general**. Si la voluntad general es soberana, y se adoptan ciertas precauciones para que ella no resulte desvirtuada, los ideales de justicia y paz para todos dejarán de ser utópicos.

Marx se encamina por la ruta historicista. Una vez establecida la propiedad privada, y con ella fundadas las

clases sociales, se inicia un tránsito dialéctico hacia un desenlace no disímil del ideal rousseauniano, pero al mismo tiempo tampoco idéntico. Naturalmente, el tiempo y la historia tienen un lugar importante en ambos sistemas. En el *Emile* Rousseau anuncia que se aproxima la era de las revoluciones (por lo que el preceptor de Emile juzga oportuno que el niño aprenda un oficio manual). ¿Cuál es el papel que los siglos han desempeñado para allegar ese tiempo crucial? Pues solamente el permitir que la comprensión del error primigenio, y de su potencial superación a través de la asunción del poder por la voluntad general, llegara a iluminarse en las conciencias. O, si se prefiere, volver posible la obra de Rousseau a través de la necesaria evolución cultural previa. En cambio, para Marx la historia es mucho más que un período de progresiva ilustración: ella es la verdadera protagonista de la pieza. Toda la evolución hacia el desenlace está prede-

terminada, forma parte de la naturaleza de las cosas, que nada ni nadie podría alterar. Que, en particular, ninguna voluntad, ni particular ni general, podría torcer.

Los socialistas que Marx motejó de **utópicos** eran hijos obedientes de Rousseau, que querían persuadir a la voluntad general de la bondad de su propuesta. En oposición a ellos, Marx calificó de científico a su socialismo, porque él no había sido ideado por nadie, ni sería implantado por voluntad de nadie, ni dependía su advenimiento de que nadie lo aprobara ni lo votara ni lo quisiera, sino que era una realidad —una **realidad económica**, como sugería hace una semana sólo que futura. Tal vez el lector no llame realidades a los entes que todavía no son, pero eso es porque no es historicista. Marx había descubierto la clave de la historia, y los entes **futuros** eran para él tan reales como los presentes.

El enfoque historicista de Marx tuvo entre sus consecuencias una colección abun-

(pasa a pág. 37)

En la era posmarxista

(viene de pág. 2)

dante de predicciones, tales como algunas referidas a la evolución del sistema capitalista y a su crisis, y otras referidas a la conformación del sistema socialista, una vez llevada a cabo la revolución proletaria. Unas y otras han sufrido una refutación cabal ante el desarrollo de los hechos. Marx pronosticó que dentro del capitalismo, los obreros padecerían mayor desempleo y menor salario real con el andar del tiempo, y ocurrió lo contrario. Previo que el ciclo económico crecería en amplitud, y no ha sido así. Aseguró que el socialismo, caracterizado por la propiedad colectiva del capital y la planificación global, incrementaría prodigiosamente la producción, y ha acontecido estrictamente lo opuesto. La de Marx fue, efectivamente, una teoría científica, en tanto que una teoría científica se caracteriza por incluir hipótesis sobre la realidad susceptibles de ser desmentidas por los hechos. Ahora bien, las hipótesis que son desacreditadas por la experiencia forman parte del conjunto de las teorías erróneas.

A ese conjunto pertenece, sin la menor duda, la teoría de Marx.

En cambio la teoría de Rousseau no es científica, sino filosófica. Afirma que la voluntad general, propiamente emitida, contempla infaliblemente el bien común, pero esa proposición carece de las características de concreción y precisión (que sí poseían numerosas tesis marxistas) que haga posible su contrastación con la experiencia. Por eso Rousseau, por más que su mensaje nunca haya suscitado tanto entusiasmo como el de Marx, tampoco ha provocado nunca, ni es susceptible de provocar, igual grado de desilusión. Y ahora, cuando las teorías de Marx han tenido que guardarse en el desván de los trastos viejos, todos los que participan del optimismo antropológico, de la fe en la evanescencia del mal, y de los métodos políticos para transformar cualitativamente la sociedad, es decir, hablando en términos generales, los socialistas, continuarán encontrando inspiración en el pensador ginebrino.